

LA IMAGINACIÓN

Diego echó a andar su imaginación, bueno, no precisamente a andar, la puso a rodar pues su imaginación a diferencia de otras no tenía patas sino ruedas de plutonio, que son las más ligeras de todas, su único defecto es que cuando cruzan un bache el ruido que hacen y el golpe son fuertes. Eso ya lo solucionó en parte forrándolas de caucho. Ahora casi flotan. La imaginación de Diego vive cansada y no es para menos. Se le exige estar todo el tiempo imaginando cosas y eso es fácil de decir pero casi imposible de cumplir. Su compañero, y entre nos, su pretendiente, el pensamiento, no tiene tantas obligaciones. Piensa una vez o dos al día, el resto descansa. No entiendo porque se siente tan importante, por qué exige un trato diferente. Pobre imaginación, por eso está tan delgada. Ella jura no ser anoréxica ni bulímica, si está así es por el exceso de trabajo. Y sí que lo tiene. Voy a relatar todo lo que hizo el día de ayer, no hablo del de hoy pues apenas son las dos de la tarde y aún le falta mucho por hacer. Lo primero fue imaginar que el despertador no sonó, que fue un ruido de la calle. En seguida aseguró que era domingo y podía seguir durmiendo todo lo que quería. Pensó que no había agua y por lo tanto no tenía que bañarse. Después que iba a desayunar lo que le apetecía, hot cakes con mucha miel y mantequilla y no el plato de avena que le pusieron en frente. Imaginó que la madre, al ver a Diego tan pálido, le iba a decir que no fuera a la escuela. La profesora no le exigió la tarea y le puso diez en todo para que recibiera regalos en la casa, metió cinco goles en el partido de la escuela y Marianita le sonrió y aceptó ser su novia. Antes, por supuesto, ella cortó a Manolo, el que siempre saca el primer lugar. Montó en un convertible último modelo y lo condujo a toda velocidad en lugar de regresar en el autobús de la escuela. Unos policías lo siguieron pero logró burlarlos dando una vuelta en la calle

estrecha donde apenas cabía. Los policías quedaron atorados sin poderse mover. Le dio diez mil pesos a su madre cuando esta empezó, como todos los días, a quejarse que no le alcanzaba lo que le daba su marido, que todo estaba muy caro, que no le siguiera pidiendo cosas. Con esto me compras los tenis que quiero y la playera de los Pumas, el resto puedes quedártelo tú. A Carlos, el hermano mayor, lo mandó a encerrar a su cuarto con tres candados para que nadie pudiera entrar a verlo y menos a llevarle comida. A ver si se le quita lo consentido. Pero antes de encerrarlo tuvo que entregar a Diego todos sus juguetes, en especial la I Pod que le acababan de regalar. ¡Para que se le quite lo barbero con la madre! Hoy nada de hacer tareas de matemáticas o de historia. Acabando de comer salió al parque solo, sin que tuvieran que acompañarlo dizque para que no le pase nada. Subió a los árboles, con su resortera le dio en las nalgas a una gorda que se pasea todas las tardes y que siempre lo regaña por cualquier cosa. Brincó en el lago que era poco profundo. Asustó a los patos que estaban ahí. Se comió dos algodones de azúcar y un chicharrón con chile. Con su fuerza pudo vencer a la pandilla que siempre lo molesta, a uno lo arrojó al lago, a otro le partió en dos su bicicleta, al tercero lo dejó colgado en las ramas de un árbol, los demás salieron corriendo y gritando de miedo. Cómo se rió. Fue a la nevería y en premio a su hazaña anterior le regalaron tres conos triples de nieve de mamey, de piñón y chocolate. Jugó con todos los perros del lugar, hasta con el Rulfus que siempre le muestra los colmillos cuando pasa cerca. Cansado, pero feliz, regresó a su casa. De cenar pidió tacos de arroz de leche, quesadillas con cajeta y una torta de merengues. Sin quitarse la ropa, ni siquiera los zapatos llenos de lodo que traía, se metió a la cama. Antes de dormir imaginó que sus papás a pesar de estar siempre cansados y de mal humor lo querían mucho.